

Figuras femeninas de la Biblia.

Por: P. Martirián Marbán

Rebeca

*Madre que con un comportamiento irregular
sirve a los planes de Dios.*

¿Me van a reprochar mis preferencias por Jacob, mi hijo más pequeño? ¿Qué madre no tiene un predilecto entre sus hijos, aunque los quiera a todos por igual?

Después de todo, Dios se sirvió de mi sagacidad para que Jacob heredara la promesa hecha a Abrahán e Isaac de poseer la tierra donde vivíamos y tener numerosa descendencia. Yo era pariente de Abrahán, nieta de su hermano Najor y vivíamos en Jarán, Mesopotamia, en lo que hoy es Irak.

Ayudaba a mi hermano Labán en el cuidado de las ovejas. Todos los días al atardecer, como él llegaba cansado del campo, me encargaba yo de llevar el rebaño a los pozos de agua y con ayuda de algunas sirvientas sacábamos agua para dar de beber a las ovejas y a las cabras. Era ya una mujer madura y mi padre había muerto. Mi hermano Labán era bastante interesado y no quería que yo dejase la casa paterna, pues era una ayuda necesaria, según él, para la hacienda familiar, entendiéndose de él, aunque a mi madre ni a mí nunca nos faltó nada. A mis cuarenta años ya estaba cansada de trabajar y no tener esposo ni hijos. Parece que Dios se acordó de mí pues un atardecer junto al pozo, apareció un viajero con sus camellos sedientos y hambrientos. En cuanto me pidió de beber le di a él y a sus camellos y hasta le ofrecí alojarse en nuestra casa. Vean si yo era atrevida. Resultó que aquel hombre era un enviado de nuestro tío Abraham y venía a buscar esposa para su hijo Isaac. En seguida me puse muy contenta, deseosa de salir de la casa de mi hermano.

En cuanto se pusieron de acuerdo Labán y el enviado de Abraham, me dispuse a viajar sin dilación alguna.

Isaac y yo nos compenetramos en seguida, aunque pasaron veinte años sin que vinieran los hijos. ¡Qué tristeza! Al fin quedé embarazada, pero ya antes del parto sentía en mi vientre que se entrechocaban las dos criaturas.

El primero en nacer fue Esaú y el segundo Jacob. Crecieron. Esaú era un experto cazador, mientras que



a Jacob le gustaba más la ganadería y las tareas del campamento. Estaba muy unido a mí. Esaú era más arisco, aunque yo amaba a los dos.

Lo que motivó mi comportamiento en el asunto de la bendición paterna fue que Esaú vendió su primogenitura a Jacob nada menos que por un plato de lentejas, ¿cómo iba a ser heredero de las promesas de Dios: poseer la tierra y tener numerosa descendencia, si despreciaba así la primogenitura?

Desde ese momento me prometí que inventaría algo para que la bendición de Isaac recayera sobre Jacob. Pues en aquel tiempo las bendiciones y maldiciones eran irrevocables y siempre se cumplían.

Por eso, llegado el momento disfracé a Jacob como si fuera Esaú. Isaac bendijo a Jacob creyendo que era Esaú. Evidentemente, Esaú se enojó y tuve que utilizar de nuevo mi intuición materna para salvar a los dos, pues si Esaú mataba a Jacob se convertiría en un fugitivo y cualquiera podría invocar la venganza de la sangre. Así que envié a mi hijo con su tío Labán hasta que se calmara la cólera de Esaú.

Cuando lean la biblia, comprenderán mi puesto en el plan de Dios y cómo Dios se sirve de las personas y avatares humanos para realizar la historia de la salvación, eligiendo siempre a los más débiles y pequeños.

Mi “castigo” fue no volver a ver a Jacob y soportar a las mujeres extranjeras de Esaú; mi consuelo, que Jacob seguiría siendo el portador de las promesas de Dios.

Para comprenderme mejor lean: Génesis: 24;25.19-34;27,1-45.